
CONDICIONES INDISPENSABLES EN LOS ESCRITORES.

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES: COMPAÑERAS:

Os ruego me perdonéis que por algunos instantes embargue vuestra atención, que si bien demasiado valiosa para distraerla y yo sin méritos para merecerla, apelo á vuestra reconocida bondad, que por ella me la concedáis.

Escasos son mis conocimientos, insuficiente es mi condición, y al presentarme ante tan ilustradas personas, tímida y humilde, como corresponde á mis cortas aptitudes, sólo me queda, cual refugio anhelado, ponerme al amparo de vuestra benevolencia, para que ésta me anime.

Así como al renacer el nuevo día, el astro rey de nuestro sistema planetario alumbra la tierra comunicando sus luminosas emanaciones, ya á nuestro hemisferio, ya á los antípodas, y despierta la naturaleza del letargo en que la silenciosa noche la ha sumergido, y los pájaros con sus melodiosos cantos, las mariposas de múltiples colores, las flores con su embriagador aroma, en fin, todo lo que tiene vida se agita ante la bienhechora influencia de la hermosa claridad que ilumina la creación; así también, al impulso de los afanes de nuestros profesores con sus amplios conocimientos, despiertan á la deslumbradora claridad de la ciencia y del saber nuestras facultades intelectuales, que duermen en la obscura noche de la ignorancia.

Gratitud inmensa debemos la juventud mexicana al invicto Juárez, que en época de aciagos tiempos haya fundado esta Escuela, abriendo así otro camino á la mujer, para que pueda alcanzar un honroso porvenir en la escabrosa senda de la vida. Honra y gratitud también á nuestro sabio y progresista Gobierno, por la eficaz protección que imparte á este Plantel, que con tanto acierto dirige nuestra estimada Directora, ayudada por nuestros ilustrados profesores.

¿Cómo mejor demostrar el reconocimiento hacia la Escuela? ¿Cómo mejor probarle la infinita gratitud que le debemos guardar en lo más íntimo del alma, por la instrucción y por el bien que en ella recibimos? De seguro que me contestaréis: observando sus preceptos y acatando las disposiciones de sus reglamentos, lo que gustosa cumplo al presentaros este incompleto trabajo, para el cual tan inmerecidamente me ha nombrado mi querida Profesora.

Al fijar nuestra atención en las innumerables obras escritas por los hombres que desde los primeros tiempos han legado á las naciones actuales y venideras, como la más valiosa herencia, podríamos hacer notables distinciones si atendemos al fin con que dichas obras se han escrito, á la forma que sus autores han adoptado y al mayor ó menor impulso que hayan dado al adelanto de la civilización. En este variado é interesante conjunto, notamos que unos trabajos contienen observaciones, descubrimientos científicos y las bases de la ciencia; otros nos relatan el origen de los pueblos, su vida y desarrollo, otros atesoran las manifestaciones de los sentimientos, pasiones, constantes luchas, ideales, decepciones y todo cuanto hay de más íntimo en el corazón humano, y que nos explican el origen del arte, su desarrollo y perfección. Pero para que el trabajo de la inteligencia produzca el efecto que se desea, preciso es considerar no solamente lo que á la misma inteligencia y al saber concierne, sino que es necesario tener en cuenta los medios de que el autor debe valerse y los requisitos que debe satisfacer para conseguir el triunfo á que naturalmente aspira; porque en el fondo de todo verdadero

talento, sea cual fuere su tendencia, existe cierta natural disposición que da origen á las varias vocaciones y á las distintas inclinaciones que con su concurso ayudan á la civilización en su constante marcha hacia la ideal perfección, que siempre ha sido el risueño horizonte que atrae, con sus promesas de felicidad, al hombre y á la sociedad.

Voy á fijar mi atención en los requisitos que los escritores deben reunir, para que, reflejados en sus obras, éstas respondan satisfactoriamente al noble propósito de quienes, no sólo han consagrado sus afanes y los mejores años de su vida á su provecho personal, sino que han aspirado á la mayor gloria que puede anhelarse, difundiendo la luz de sus conocimientos y haciendo partícipes á los demás de lo que ellos han podido concebir, descubrir y saber.

No me detendré en considerar la importancia que la cultura de la inteligencia y del sentimiento suministran al hombre, porque cuanto yo dijera sería pálido ante su evidencia; básteme decir, que á semejanza de la antorcha luminosa que alumbra la obscura senda del fatigado caminante, la luz de la ciencia con sus enseñanzas, dirige y alumbra nuestros vacilantes pasos, desvaneciendo las sombras de la duda, si el maestro, si el inteligente escritor, sabe desarrollar hábilmente su doctrina, suministrando la enseñanza que se propone ó sabe sugerir en quienes lean sus obras, las consecuencias de los hechos que se traten de realizar; porque la experiencia es la maestra más convincente, racional y sabia que el individuo y la sociedad tiene que respetar y obedecer. En efecto, la experiencia es la fuente del saber, en todos conceptos, es la misma ciencia práctica que influye directamente en las acciones del hombre, y que unida á la observación, sorprende los misterios de la naturaleza.

Se llama instrucción el enriquecimiento intelectual ó sea el conjunto de conocimientos científicos, que por la observación y experiencia, los hombres inteligentes han adquirido, y los cuales conocimientos han llegado hasta nosotros clasificados y distribuidos según las diversas clases de objetos y fenóme-

nos á que se refieren. Pero los conocimientos que se pueden adquirir, comprendidos en la instrucción, son de dos clases: ó se refieren á lo general y abstracto, ó á lo particular y concreto; ó en ellos consideramos á todo lo que nos rodea fuera del hombre é independiente de la vida moral de éste, ó nos fijamos en el mismo hombre considerando en él su origen, las sociedades que forma, el desenvolvimiento y adelanto de ellas, sus elementos de vida, de cultura, etc. En el primer caso podrían considerarse estos conocimientos teóricos ó especulativos; en el segundo prácticos y aplicables á la vida del individuo y de la sociedad. Y como en las obras escritas encontramos también esta diferencia por la instrucción que nos suministran, hay que considerar unas como meramente científicas, y otras, las que se refieren á la vida de los pueblos ó de las naciones del mundo, en las que aparece el hombre en primer término, como ciencias sociales y prácticas.

Así es que, á pesar de la gran variedad de obras instructivas que existen, pueden considerarse divididas en dos grandes grupos llamados: género didáctico é histórico. Al primero corresponden las obras que instruyen sobre alguna ciencia ó arte; al segundo corresponden las obras instructivas también, pero que tratan exclusivamente del hombre, sus costumbres, su instrucción, sus hechos de armas, etc.

Tanto las obras didácticas como las históricas, están basadas en la verdad absoluta, conteniendo algunas, grandes elementos de belleza; pues en las ciencias que se refieren á las interpretaciones de la naturaleza, se encuentran encantos grandes y sublimes en donde el escritor puede inspirarse. Estas inspiraciones unidas á su talento especial, hacen que sus obras sean ejecutadas con todo el acierto y la belleza que el arte prescribe, uniéndose en estrecho lazo la Ciencia y la Literatura.

Habiendo hecho estas ligeras reflexiones sobre los géneros didáctico é histórico, voy á ocuparme detenidamente de las cualidades que debe tener todo escritor que cultive estos géneros.

Como el objeto de las obras didácticas es dar á conocer los principios y verdades relativas á una ciencia ó las reglas y preceptos de un arte, y no el de agrandar y conmover el ánimo de sus lectores con las bellezas de forma y halagos á la imaginación, propios de las obras esencialmente literarias, por esta razón no hay que fijarse en las cualidades morales ó artísticas del escritor de estas obras; porque aun cuando se le permite la elegancia en el lenguaje y la hábil exposición de su doctrina, ostentando el autor su talento y su erudición, ésta por la misma índole del fondo debe ser mesurada y grave, sin que en el conjunto aparezca nada que concierna á la moral y sentimientos del autor. Pues sólo debe posesionarse del papel que desempeña como maestro y director del estudio, y así podrá estimar y metodizar convenientemente las varias ramificaciones de las ciencias ó artes que con su claro talento las armonizará en todo el conjunto. La instrucción del escritor debe ser muy vasta, puesto que lo que se propone siempre es instruir sobre alguna ciencia ó arte; por esta razón debe conocer muy á fondo la materia que trate de enseñar.

Además, en las obras didácticas los lectores buscan la instrucción principalmente, bastándoles que ésta le sea presentada de una manera adecuada á su percepción y con el mayor grado de claridad y precisión que sea posible; para esto es indispensable que el lenguaje del autor sea correcto y conciso, que su estilo sea claro y fácil de entender para quienes lo escuchan ó leen sus obras; necesita, por otra parte, fijar su atención en la acertada elección de los pensamientos y en la formación de las cláusulas.

La historia es la narración fiel de los hechos que influyeron en el progreso ó decadencia de las naciones y de la especie humana, hecha con el objeto de instruir al hombre, ensanchando el círculo de su experiencia.

En ninguna época se ha conocido tanto como en estos últimos tiempos la importancia de los estudios históricos. Después de vagar sin norte alguno por extraviadas sendas, la ra-

zón humana volvió á sentar su planta en el terreno firme de lo pasado, pues al frente de las escuelas novadoras y filosóficas, aparecieron las escuelas históricas, al lado de las penosas investigaciones arqueológicas y el afán de reconstruir lo que el tiempo había sepultado en ruinas.

La historia se funda en la propensión que tiene el hombre á dejar memoria de sus propios hechos y conocer los de lo pasado. Desde este punto de vista se puede considerar la historia como la escuela del hombre, así como el tribunal del linaje humano. Estas consideraciones hacen comprender cuán vastos tienen que ser los conocimientos y condiciones morales que el historiador debe poseer, así como algunas de las cualidades del artista que también le son necesarias, no para falsear en manera alguna la historia con ficciones sugeridas por la imaginación, sino al contrario, para presentarla en toda su verdad. El principal papel que debe desempeñar el historiador es el de juez y maestro de la humanidad, y, por consiguiente, necesita poseer cualidades intelectuales y morales desarrolladas en alto grado. A las primeras corresponden la instrucción y el discernimiento, y á las segundas la moralidad y la fidelidad.

Constituído el historiador, como ya dije, en maestro de la humanidad, le es indispensable estar á la altura de su cargo, por la posesión de los conocimientos que para desempeñarlo se requieren. Su saber profundo y extenso ha de alcanzar á todas las ciencias que por la relación que tienen con la historia y por estar tan estrechamente unidas á ella, su conocimiento le es indispensable, las principales son: la Geografía, que nos describe los lugares en que acontecieron los hechos; la Cronología, necesaria para el cómputo del tiempo; la Filosofía y la Literatura, porque en ella se reflejan fielmente las ideas, sentimientos y aspiraciones de los siglos.

Tanto las historias generales que abrazan todos los siglos y acontecimientos sin número, verificados en los diversos países del mundo, como en las particulares de una época ó período, es sumamente difícil arreglar y combinar todos los su-

cesos que unas y otras contengan; pues al estudiar la historia de una nación, por reducido que sea el número de hechos más interesantes que hayan de considerarse, presentan multitud de acontecimientos que allí se han verificado, muchos de los cuales no han influído en su adelanto, instrucción ó decaimiento; otros que si tampoco son de gran importancia, pueden ser relatados para excitar la curiosidad, y otros, en fin, que por ciertas circunstancias han influído en su progreso ó decadencia, y que siendo los más interesantes, son los que forman parte legítima de la historia; y como ésta debe ser el espejo que refleja los acontecimientos pasados, para que sirvan de ejemplo á las generaciones presentes y venideras, no ha de contener más hechos que aquellos que ofrezcan verdadera importancia y cuyos conocimientos sean de alguna utilidad. Así es que, el historiador con su especial penetración, ya para conocer, como para elegir y relatar los hechos, podrá escoger de la multitud de materiales que se le presenten, aquellos que por sus naturales consecuencias y su influencia social, són de mayor interés y deben conocerse.

Siendo el principal objeto de la historia el de instruir prácticamente, describiendo y juzgando los sucesos que por los caracteres y condiciones de los personajes que intervinieron en ellos, los unos fueron capaces de arrastrar á la desgracia y ruina á naciones enteras, y los otros por el contrario, influyeron en la grandeza de los países, elevándolos al más alto apogeo y cubriéndose de gloria; pueden hacer así más palpable á la vista de sus lectores el contraste que existe entre el bien y el mal. Y ¿quién mejor que otro puede hacer sentir el amor y respeto á la virtud y el odio y desprecio al vicio? Sin duda alguna que el historiador que valiéndose de su buen juicio y de la grande estimación que debe tener de sí mismo y de su empresa, se mostrará partidario celoso de la virtud y de la justicia.

La verdad de los hechos es el carácter distintivo y en cierto modo constitutivo de la historia; asentado este principio, es indispensable que los acontecimientos ó sucesos sean presenta-

dos con el mismo grado de probabilidad con que se presentan á nuestro espíritu: los ciertos como ciertos, los dudosos como dudosos, etc. Así es que el historiador, cumpliendo con sus sagrados deberes, al tomar la pluma para grabar los hechos en su obra, no ha de omitir ningunas circunstancias que al suprimirlas puedan, por la influencia que tienen con los acontecimientos relatados, disminuir la gravedad de los hechos en los cuales se verificaron acciones vergonzosas y criminales ó aminorar en otras el mérito que alcanzaron. Ahora bien, pudiera ser que la falsedad de los hechos no provenga sino de un error que el autor pudiera tener acerca de una circunstancia, y para evitarlo es indispensable que, posesionándose del papel que desempeña como maestro del género humano, haga los estudios é investigaciones indispensables que necesita para conseguir su acierto.

Por último, al relatar los acontecimientos el historiador deberá renunciar á sus personales simpatías y en cierto modo á su nacionalidad, y constituirse superior á todo espíritu de partido, familia y profesión, para que, al juzgar los hechos acaecidos en los acontecimientos, pueda hacerlo sin pasión. Basta para esto una disposición constante á no infringir los fueros de la verdad y á un noble esfuerzo para hacer justicia, aun contra los intereses de simpatía, conveniencia ó temores personales. No por esto debemos decir que la imparcialidad exige que el historiador no tenga ni patria, ni amigos, ni religión; porque una imparcialidad de esta especie, que mejor debiera llamarse indiferencia, sólo puede albergarse en un corazón muerto para los más nobles afectos, y no es este el papel importante del historiador.

Habiendo terminado con las cualidades que deben caracterizar al autor de la historia verdadera, hablaré ahora de las cualidades que se exigen al escritor de la historia ficticia, ó sea la novela.

No es fácil decir en qué consiste la novela, cuál es su esencia y cuál es su naturaleza; porque en ella cabe desde el cuento fantástico hasta la obra de carácter histórico.

La definición más acertada es la que da el Sr. Milá Fontanals: Se entiende por novela la exposición artística en prosa de un hecho ficticio. Es decir, que allá donde haya un relato ó exposición de hechos reales con circunstancias artísticas ó accesorias, de imaginación que la embellezcan ó de hechos enteramente supuestos y aun fantásticos que tengan belleza, hay una novela.

Siendo la novela el lienzo donde el pincel del artista matiza con diversos colores toda suerte de escenas y situaciones, pintando con toda habilidad las escenas patéticas, tiernas, alegres ó tristes, que conmueven é interesen el corazón y la fantasía de los lectores, el autor debe, para sobresalir en este género, ser un verdadero artista y profundo conocedor del hombre moral, así como de la sociedad donde suponga el desarrollo de su historia. Así pues, antes de fijar mi atención especialmente en el novelista, diré algo general á todo artista.

Puede considerarse como artista á toda persona que por su propia inspiración y concepción especial sea capaz de despertar en los demás el sentimiento de la belleza y de la sublimidad en todas sus fases é ideales perfecciones, ó á la persona que también sepa interpretar las obras de otros, con tal maestría como puede desearlo el creador ó directo intérprete de la belleza natural. Por esto es que con justicia puede llamarse artista, tanto al que valiéndose de la luz y los colores reproduce un paisaje ó dibuja en una imagen los rasgos fisonómicos de un sentimiento, ó de una violenta pasión, como el que concibe y presenta una composición musical, ó el que simboliza con la materia sólida la vaga é indefinible pero majestuosa idea de grandeza en un soberbio edificio monumental.

Y aunque con variedades, propias de las especiales disposiciones de cada artista, creo que hay facultades que pueden ser indispensables á todos ellos, y voy á mencionarlas, considerando como principales la memoria, la imaginación ó inventiva, el sentimiento y espíritu ético, así como el amor á lo bello, á la perfección física, moral é intelectual, y por último,

el constante estudio, la observación de la naturaleza y el acertado criterio, para concebir bellezas á imitaciones de las ya existentes. De entre estos talentos superiores, á quienes antiguamente les llamaban vates, por creerlos dirigidos por inspiraciones divinas, debemos considerar al novelista, cuya misión es tan interesante. Porque una novela bien escrita podría considerarse como la escuela moral de la sociedad, donde la juventud soñadora ó irreflexiva adquiriese insensiblemente la experiencia moralizadora que en la realidad de la vida y á costa de engañosas apariencias y dolorosas decepciones, llega á adquirirse en el escabroso camino de la vida real.

Después de haber hecho estas pequeñas digresiones sobre las cualidades del artista, continuaré con las del novelista.

Siendo la novela destinada únicamente á entretener, debe, para satisfacer su objeto, realizar la belleza, tanto en el fondo como en la forma. Por consiguiente, el novelista debe poseer en alto grado la moralidad, porque es la más interesante y principal manifestación de la belleza y la que más ennoblece el espíritu.

En la novela, como en la historia, se presentan multitud de materiales muy variados, de entre los cuales el novelista debe elegir acertadamente aquellos que más le convengan, lo cual conseguirá valiéndose de su criterio y la poderosa imaginación que debe poseer desarrollados en alto grado.

La novela debe interesar vivamente la atención de los lectores y mantenerla despierta; para esto es indispensable que el novelista se halle dotado de una imaginación rica, viva y fecunda, para saber inventar sucesos nuevos y situaciones apuradas, en que los personajes más interesantes puedan encontrarse en las excepcionales y terribles luchas de la vida. En la novela se debe pintar toda suerte de escenas, ya alegres ó tristes, ya patéticas ó tiernas, para conmover é impresionar por este medio el corazón de los lectores; es indispensable para conseguirlo, que su autor esté dotado de una sensibilidad fina y ejercitada. ¡Pues sin el jugo nutrido de todas estas

cualidades que se le exigen al novelista, se marchitaría la delicada y hermosa flor de la belleza!

No terminaré este trabajo sin hacer mención del inolvidable escritor Miguel de Cervantes Saavedra, que con su imperecedera obra el «Don Quijote,» se hizo acreedor á la inmortalidad, legando á la Literatura Española una de esas obras maestras que son la gloria de la nación á donde se producen y la admiración de cuantos se interesan por ella. El nombre de este grande como desgraciado genio, que murió sin haber visto la admiración que su obra causó en el mundo de las letras, lo ha escrito la Fama con letras de oro en el templo de la Gloria.

¡Ojalá que tú, México, patria adorada, tú que pudiste romper las cadenas con que te sujetaban y hacerte libre y soberana; tú que has tenido la energía para dominar las luchas interiores, en las que tus propios hijos se destrozaban con saña fiera, que estando aún tan debilitada por esas luchas, pudiste en convulsión suprema, arrojar de tu suelo al injusto invasor, y que á pesar de todo, arrogante y sublime, rápida has entrado en la senda del progreso; ojalá y así, guiada por la protectora Paz, sigas avanzando en el camino de las Artes, de la Ciencia y de la Literatura, para llegar al pináculo de la Gloria!

México, 27 de Julio de 1901.

ELENA HUBE.